

Ocho Imágenes

(para que crezca tu fe)

basado en los libros de Padre Roberto
(www.thefaithkit.org)

El Poder de la luz

Es la historia de mi viaje al desierto de Sinaí, para subir el monte donde, según la tradición, Dios dio a Moisés los diez mandamientos.

En ese tiempo el desierto era completamente no-desarrollado, y el único camino era bastante primitivo. Iba a llevar tres días para llegar a la montaña.

Viajamos todo un día y tuvimos que pasar la noche. Organizamos un campamento, comimos, y tuvimos que decidir quien va a guardar nuestro campamento durante la noche. Necesitamos guardia porque la gente indígena de este desierto tenían la reputación de seguir a los que lo cruzan para robarles sus pertenencias.

Me ofrecí como guardia porque, en esos días, no me acostaba hasta muy tarde. Para defender nuestro campamento, a mí me dieron una antorcha.

Cayó la noche y todo estaba callado. Sentado en la arena, disfrutando el aire fresco y seco que hay en el desierto en la noche, empecé a pensar en la belleza de esta situación. “Aquí estoy,” me dije, “en el desierto Sinaí. Ahí atrás está Jerusalén, en esta otra dirección está Egipto y los pirámides...” Estaba pensando así cuando..., me ocurrió que oí algo. Escuché con mas atención. Nada. Está bien. Seguí meditando....

¿Otra vez? ¿Es algo? Otra vez escuché con cuidado. ES algo. Es como una persona se está moviendo, gateando, unos pasitos a la vez. ¡Es uno del desierto tratando de entrar en nuestro campamento!

En unos segundos empecé a escuchar algo similar—pero el sonido vino de una otra dirección. ¡Hay otro! ¡Hay un segundo, tratando de entrar en nuestro campamento!

¡Casi inmediatamente, hubo un tercero!

“¿Qué hago?” me pregunté.

¿Qué tenía? Yo tenía la antorcha. Sentí con mucha concentración de donde vino el primer sonido, decidí, dirigí la luz, y disparé. ¡Hubo uno de ellos! Pero la luz lo tocó y él corrió.

Dirigí la luz una segunda vez y disparé. Hubo otro. Y corrió.

La dirigí una tercera vez y disparé. Otro más. Y corrió.

¡Gané esta batalla de desierto Sinaí!

Y después, miré con admiración mi antorcha. No sabía, pensaba yo, que la luz es tan poderosa.

No sabía pero mejor supiera. ¿Cómo no sabía del poder de la luz? Es precisamente la manera que funciona la fe—el poder de la luz, el poder de la verdad a cambiar cómo vemos todo y ahora vivimos mucho mejor. ¿Cómo no?

Creer en la vida de los cielos nos libra del temor de la muerte, o la necesidad de distraernos siempre—nunca viviendo de verdad—porque no podemos ver la vida como es.

Creer en la vida de los cielos nos libra de la angustia cuando aquellos que amamos mucho mueren. Aunque hacen falta, sabemos que están con Dios, y son mas viviente que nosotros. Sabemos que, un día adelante, vamos a estar reunidos. Por esa razón no tenemos miedo amar a ellos ahora.

Con nuestra fe en la vida de los cielos podemos soñar sabiendo que nuestros sueños van a realizarse Y MAS! Pues, todo el mundo tiene sueños. Pero llega el día cuando la mayoría tienen que admitirse que sus sueños nunca van a realizarse. En sus interiores, sus sueños se burlan de ellos. Eso no pasa a la persona de fe. Los sueños no nos burlan de nosotros, mas nos elevan, dándonos vislumbre de lo que viene.

Sabiendo que Dios no creó por la vida con El, entendemos que El nos creó desear esta vida. Por eso, entendemos también porque nada del mundo puede llenarnos, y porque es que conseguir una cosa es desear otra cosa, y resolver un problema es crear otro problema. Cuando entendemos que siempre será así no sufrimos lo que no tenemos. No sufrimos la envidia.

No buscando mas de las cosas que puedan ofrecer, podemos disfrutar de las cosas que ya tenemos. Nuestra casa, por ejemplo, no tiene que ser nuestra mansión en los cielos. (No está en los cielos.) Pero todavía puede

protegernos cuando llueve y ser el hogar de nuestro amor. Nuestros compañeros no tienen que ser perfectos. (Nadie es perfecto.) Pero con ellos podemos tener una vida compartida.

Creer en la vida de los cielos nos da alegría. Al menos nos da esperanza.

Creer en el amor nos da propósito. Sabemos el por qué estamos aquí. Sabemos lo que hacer. Tenemos motivo hacerlo.

Pues, si creemos que estamos aquí para amar, amamos. Somos libres—libre del miedo que damos más que los demás—para vivir la única vida que puede satisfacernos. Dios nos creó así, para que nuestra naturaleza nos dirija para arriba. Por eso, cuando vivimos egoístamente nunca somos satisfechos no importa lo que tenemos, y en cambio cuando vivimos la vida de fe y amor siempre somos felices no importa lo que no tenemos.

Si crecer en la fe y el amor es nuestra meta, conseguimos control sobre nuestras vidas. Siempre podemos hacer lo que queremos mas que todo. No es así si nuestra meta es algo del mundo, el dinero, por ejemplo, o la fama. En este caso el mundo tiene que cooperar con nuestros sueños. (Y probable que esto no pasará.) En cambio, si crecer en la fe y el amor es nuestra meta, siempre podemos hacer lo que queremos mas que todo. Si algo sale mal podemos aceptarlo y nuestra fe crecerá. Si alguien nos ofende, podemos perdonar y crecerá nuestro amor.

Si creemos en el plan de Dios, tenemos la mejor razón imaginable a aceptarnos a nosotros mismos, y aceptar nuestra vida por lo que es. ¿Como no? ¿No es claro el plan de Dios para todo que pasa es también el plan para nosotros? Es verdad que nuestra vida es una lucha, pero es una lucha especial concebido para formarnos en una persona especial que ocupará un lugar en los cielos que nadie mas puede ocupar. Cuando entendemos esto, podemos perdonarnos por lo que no podemos hacer todavía, o lo que hemos hecho y no podemos cambiar. No mas nos comparamos a los demás. Además, entendiendo que Dios siendo Dios, ha puesto infinita atención y amor en crearnos, podemos amarnos a nosotros mismos por las personas que nos ha creados, y esto nos permite un amor sincero para los demás.

Creer en el plan de Dios nos permite aceptar todo lo que ha pasado y no podemos cambiar. Ahora mismo, talvez no entendemos el por qué algo

duro ha pasado—o está pasando—pero podemos saber que Dios sabe y, un día adelante vamos a ver y vamos a ser supremamente feliz con lo que hemos ganado de lo que pasó.

Ya que sabemos que todo lo que va a pasar—cuando ya ha pasado y no podemos cambiarlo—pasará por el plan de Dios, podemos vivir sin miedo. ¿Cómo no? ¿Si sabemos que después de un año vamos a estar exactamente donde Dios nos quiere que estemos, que hay que temer? ¿Si sabemos lo mismo de nuestra familia y nuestros amigos, porque vivir con la presión de la idea que todo depende de mi. Todo no depende de mi. Todo depende de Dios. Nuestro trabajo es hacer nuestro mejor, lo mejor que podemos en nuestras circunstancias ahora mismo. El resto podemos en las manos de Dios y Su plan.

Crear en el plan de Dios nos da paz.

La Bocca della Verità



En Roma, en el vestíbulo de la Iglesia de *Santa María in Cosmedin*, uno puede ver un disco grande de mármol. En un lado hay cavado una cara feroz. La boca se cavó por otro lado. De hecho, la cosa se conoce como *La Bocca della Verità*, “la boca de la verdad.”

Ya que muchas personas visitan este lugar, los arqueólogos han estudiado la *bocca*, para saber lo que es. Han descubierto que es nada más una tapa del sistema de agua negra en Roma anciana.

En el Medio Evo, sin embargo, la gente sencilla de esta época creía que la *bocca* tenía poder mágico. Creían que la *bocca* podía forzar a alguien a decir la verdad. Si sospecharon que alguien estaba mintiendo, lo llevaron a la *bocca*; pusieron su mano en la boca; y le dijeron que si está mintiendo, la boca va a cerrar y aplastar su mano....

La indicación es que la *bocca* funcionaba. Hizo a la gente decir la verdad. Pero, funcionaba porque la gente NO la hizo mostrar su poder. Funcionaba porque la gente no lo probó. En esto la *bocca* es el opuesto de nuestra fe que funciona CUANDO la probamos. Funciona cuando nos ponemos las preguntas que la fe contesta y ver como nos sentimos con las respuestas.

Empezamos con la pregunta más básica de todas:

¿De dónde venimos? ¿Es posible que todo—el universo alrededor y el universo que experimentamos dentro de nosotros—nada mas existe, de nada, por nada, y para nada? ¿O suena mejor en nuestro espíritu que el universo. y nosotros dentro de el, fuimos creados, creados por Dios?

¿Entonces, por qué es que Dios nos creó? ¿Es posible que nos creó para la muerte? ¿Es posible que nosotros, creado con un deseo enorme de vivir, recibimos la vida para que Dios puede quitarnos la vida? ¿O no es claro que Dios nos creó para la vida, la vida con El?

¿Por qué, pues, estamos aquí en *este* mundo? ¿Es posible que estamos aquí solamente para pasar tiempo antes de ir a los cielos? ¿O no es obvio que estamos aquí por algo importante? ¿Y que es más importante que el amor? ¿Y cuando amamos no es claro que crecemos en el amor, y en nuestra semejanza a Dios? ¿Y creciendo en Su semejanza no es claro que estamos creciendo en nuestra capacidad de compartir Su vida de una manera más rica cuando, por fin, podemos ver a El cara a cara? ¿Y, por este proceso, no es claro que Dios está dándonos la oportunidad de conseguir una cierta responsabilidad por la persona que somos, y así a hacernos nuestra propia persona?

¿Entonces, si lo que hacemos es tan importante, por qué es que nuestras vidas dependen de tantas cosas que no podemos controlar? Nadie, por ejemplo, escoge sus padres, o donde nace, o cuando nace, y innumerables eventos después que nos afectan. ¿Es posible que Dios deja nuestro destino en las manos de la suerte, o la maldad de los demás? ¿Es posible que Dios nos ha dejado a la misericordia de eventos sobre los cuales hasta El no tiene control? ¿O no es claro que cuando Dios creó el mundo El supo lo que iba a pasar? ¿No es claro que tenía plan? ¿Y si es verdad que planeó los eventos de nuestra vida sabiendo como vamos a responderlos, no es también claro que este proceso nos haría las personas que El quería que fuéramos, a la vez dándonos la participación en nuestra propia creación?

¿Qué crees tú?

La Pietá



Casi todo el mundo lo ha visto, al menos en foto. Y casi nadie nota una cosa bien extraña. Para que funcione el concepto de la estatua, Jesús se presenta como un hombre adulto, tamaño normal, y para ser capaz de tomarlo en sus brazos, María se presenta gigante. ¡Si se parara, tendría la altura de 19 pies!

Es probable que no notaste esto por tu propia cuenta, pero, ya que se indica, ahora lo ves por ti mismo.

Podemos decir algo similar de la verdad de la fe. No todo el mundo reconoce su verdad por sí mismo, pero cuando las razones que creemos se indican, uno puede ver su verdad por sí mismo.

Eso es necesario porque, en el mundo de hoy, muchas personas hablan de la fe, muchas aparecen seguros, y muchas veces se contradicen. Eso ha dejado a la persona moderna bastante confundida. Pero, Dios supo que esto iba a pasar, y, por eso, El escribió la verdad dentro de nuestra naturaleza donde puede estar visto por cualquier persona que sabe donde buscarla.

Momento de verdad

La gente encuentra alpinismo, particularmente la subida de escarpes, difícil a entender. Aparte de su confusión sobre el *motivo* de subir escarpes, tampoco entienden *cómo* subir escarpes, particularmente cómo ayuda al alpinista la cuerda, particularmente la persona llevándola para arriba. Es fácil entender cómo la cuerda puede ayudar a una persona abajo si hay otra persona ya encima guardándola con la cuerda. Pero cómo es que la cuerda puede ayudar a la misma persona que está llevándola para arriba.

Así es: La persona que va a guiar la subida ata la cuerda a él mismo. Comienza a subir. Mientras sube, está buscando fracturas donde él va a poner una “ancla.” Una ancla es una cosa metal. El alpinista lleva varias, de varios diseños y tamaños. La ancla está conectada a una cinta de material fuerte, metal o nylon. Al otro lado de la cinta es un anillo de metal con una puerta que se abre. El alpinista introduce la ancla a la fractura para que se aprieta. Después, conecta la cuerda atado a él a la ancla por medio del anillo. Ya que el otro lado de la cuerda está en las manos de su compañero, él está seguro.

Pero, si sigue subiendo encima de la ancla que puso, va a estar menos y menos seguro. Por eso, la idea de usar anclas es: ponerlas cada metro, o menos.

Aprendí la importancia de eso por el famoso “camino difícil.”

Estábamos subiendo algo que, para mí hasta el momento, no fue difícil. Yo subía y subía, bastante rápido, sin poner nada. Subí hasta 20-25 metros sin poner nada. Por fin, reconocí que eso no fue prudente, y puse mi primera ancla. Pero, después, seguí subiendo sin poner nada porque, para mí, “esa subida es fácil.”

Seguí hasta unos otros 20-25 metros más y, ahora, la cuerda estaba extendida por casi toda su largueza. Además, la ruta se puso más difícil. Llegué a un lugar donde yo tenía una decisión. A la derecha apareció difícil. Y la izquierda también. Pero, a la izquierda yo vi un borde, un borde bastante ancho y pensé: “Si puedo saltarme hasta allá, yo puedo alcanzar este borde, agarrarlo, y llevarme para sentarme ahí, y después voy a estar bien. Eso es lo que voy a hacer. Es un buen plan.”

Quizás un buen plan pero también parecía prudente poner otra ancla donde estaba—si voy a saltar. Lo hice. Y salté. Y me fui para agarrar el borde que vi. ¿Y que descubrí? No hubo borde. Desde abajo aparecía que hubo borde pero cuando llegué ahí reconocí que lo que vi fue una ilusión. (Algo con sombras, quizás.) No hubo borde. Con un poquito de suerte mi mano se chocó con la roca y instintivamente mis dedos encontraron una imperfección en ella y así me mantuve. Pero, con mala suerte, en la acción de saltar, me enredé con la cuerda y la ancla que puse salió de la fractura. Todavía conectado a la cuerda esta ancla corrió para abajo, se chocó con la otra y la otra salió también. Ahora no hubo NADA entre yo y el piso, quizás 50 metros abajo.

Fue imposible continuar para arriba. Mi única esperanza fue deshacer el salto que hice y volver adonde yo vine. Fue mi única esperanza pero no fue mucha esperanza. Es muy difícil deshacer un salto—“subir” para abajo, con nada que mantenerme con mis manos.

Reconocí que la situación era seria inmediatamente. Grité a mí compañero que salga de ahí, donde estaba abajo, “porque no hay razón que yo te matara también.”

Pues, todavía manteniéndome con mis dedos, yo sabía que yo no tenía mucho más tiempo para pensar en mi situación. No más unos 30 segundos. Y en esta situación, pues, yo pensé que tenía 30 segundos a vivir.

¡30 segundo a vivir! ¿Y que se hace con los 30 segundos? Uno ora, por supuesto. Y yo empecé a orar: “Dios mío, Dios mío, sálvame de eso, sálvame de eso. Si me salves....”

Pero, de repente, me paré. Con quizás 20 segundos a vivir, me pregunté: “¿Pero no creemos que Dios ya tiene Su plan? ¿No creemos ya que va a hacer lo mejor por mí?” Después de un momento más, me pregunté: “¿Crees tú, o no?”

Pensé y no podía imaginar que NO tuviera plan. Por eso, respiré profundamente y dije en voz alta: “lo que pasa lo acepto.” Y deshice el salto.

Ya que Ud. está leyendo este texto es claro que gané los porcentajes y sobreviví. Además, me fui por el otro lado y terminé esta subida.

Pero nunca voy a olvidar de lo que pasó; y nunca voy a olvidar de lo que descubrí de mi fe—PORQUE YO TUVE QUE DECIDIR. Fue la decisión que cambió mi experiencia de vida en una conclusión concreta sobre lo que la vida significa. Fue la decisión que me dio una fe verdadera.

Muchas personas resisten esta decisión. Saben que tienen que vivirla después. Quizás eso significa que tienen que dejar ciertas cosas, cambiar ciertas cosas en sus vidas. Quizás alguien va a bularse de mí.

Desafortunadamente, esta actitud ofrece poco. NO ofrece la vida rica con los dones que solamente la fe puede comunicar.

Por eso debemos decidir de lo que creemos. ¿Y cómo hacemos esto? Nos preguntamos de las preguntas que la fe contesta y vemos como nos sentimos con la respuesta. Miremos el alternativo. ¿Qué nos parece *más* razonable?

¿El mundo, y nosotros, simplemente estamos aquí—de nada? ¿O no es claro que venimos de algo mucho más grande, y eso se llama Dios?

Dios nos creó para la muerte? ¿O no es claro que nos creó por la vida, la vida con El?

Estamos aquí simplemente para pasar el tiempo hasta la vida con Dios—o estamos aquí por algo importante? ¿Y que es más importante que el amor? ¿Y no es claro que amando crecemos en el amor, nuestra semejanza a Dios, y nuestra capacidad a compartir Su vida?

¿Cuándo Dios creó el mundo sabía lo que iba a pasar? ¿O no es claro que tenía un plan para todo lo que iba a pasar, y pasar en nuestras vidas sabiendo cómo vamos a responder y así trabajar con nosotros para que seamos las personas con quienes El quiere compartir Su vida?

Zapatos con clavos

El Monte Washington en New Hampshire no es muy alto. Empero, en el invierno, es una subida muy, muy difícil. Por razón de factores geográficos, en el invierno, El Monte Washington recibe de los tiempos más fuertes que atacan cualquier lugar en toda la tierra. ¡A veces, con vientos más fuertes que huracanes, la temperatura baja hasta -80 grados F! Por eso, para subir la montaña Washington en el invierno, uno tiene que estar preparado.

Y fuimos preparados.

Llevamos los zapatos especiales que usan los alpinistas.

Llevamos las medias especiales que usan los alpinistas—tres pares. Son hechas de lana, para que conserven el calor aún mojadas.

Llevamos ropa interior especial—hecha del material más moderno, científico.

Llevamos pantalones especiales—hechos para proteger los riñones y hechos también de lana.

Llevamos pantalones de viento—esos hecho de plástico especial.

Llevamos varios niveles de camisas especiales.

Llevamos más que un polo de lana.

Para ponernos encima de todo esto llevamos abrigos llenos de plumas de ganso.

Para la cabeza llevamos cáscaras de material especial.

Para encima de las cáscaras llevamos gorras llenos de plumas de ganso.

Llevamos guantes llenos de lana.

Y llevamos protectores para los guantes hecho de plástico.

Llevamos hasta las raquetas (de nieve) que se atan a los zapatos.

Desafortunadamente, El Monte Washington no se sube con las raquetas (de nieve) que se atan a los zapatos. Se sube con los clavos que se atan a los zapatos.

Todavía tratamos de subir. Dentro de poco, reconocimos que no fue posible y regresamos a la casa.

El año después, tratamos otra vez, y esta vez llevamos zapatos con clavos y subimos El Monte Washington.

La subida demostró que no éramos muy inteligentes. No fue muy inteligente ir para un propósito con todo lo que necesitamos menos que lo que necesitamos más.

Dios nunca sería así imprudente. Nunca nos pusiera en este mundo por un cierto propósito y NO equiparnos con todo lo que necesitamos para llevar a cabo este propósito.

¿Pues, porque estamos aquí en la tierra? Estamos aquí para crecer en la fe que inspira el amor que nos prepara compartir la vida de Dios en una manera más rica para siempre. Y, para tener esta fe, debemos ser capaz de reconocer la verdad. Ciertamente tenemos este poder.

Desafortunadamente, muchas personas dudan que pueden SABER la verdad. Saben lo que sienten pero no sienten que lo SABEN. No se sienten seguros respecto a la fe.

Todavía:

Ciertamente se sienten que el mundo viene de algo más grande.

Ni pueden imaginar que Dios nos creó para la muerte.

Se sienten, sin duda, el amor es el camino.

Y también, se sienten que hay siempre una razón por todo lo que pasa.

Lo que no entienden es que estos sentimientos SON nuestra percepción de la verdad. Son la respuesta de todo nuestro ser mirando todo lo que hay. Nuestros sentimientos SON de la manera de tales verdades se verán.

Sabemos esto porque estas percepciones son las indicaciones más claras de la verdades de la fe que tenemos. Y nadie tiene más. Y no es posible que Dios nos ha dejado aquí sin la capacidad de llevar a cabo lo que es propósito de la vida aquí. Lo que vemos ES la verdad como la verdades de la fe se han creado para saber.

Confía, pues, en ti mismo.

Primer día a la playa

Cada año, el primer día a la playa implica, siempre, la misma rutina:

Buscamos un lugar para nuestra sábana. Nos sentamos y miramos el agua. Por fin, alguien dice, “vamos al agua.”

Nos paramos. Nos acercamos al agua. Pisamos en la arena mojada. Ya sabemos que no va a ser fácil. Entramos más en la dirección del agua. Esperamos.

Viene una ola. Viene. Viene. Nos toca el agua. Hace frío. ¡Salimos!

Está bien. Supimos que esto iba a pasar. Vamos otra vez y esta vez nos quedaremos. Viene otra ola. Viene. Viene. Nos toca el agua. Hace frío. Y esta vez aguantamos el frío.

Aguantamos otra... y otra. Empezamos a acostumbrarnos al agua. Entramos más. ¡Entramos más, y por eso la próxima ola sube más alto en nuestra pierna y hace frío como la primera vez!

Aguantamos otra... y otra. Empezamos acostumbrarnos al agua. Entramos más. ¡Entramos más, y por eso la próxima ola sube más alto en nuestra pierna y hace frío otra vez.

Aguantamos otra... y otra. Empezamos acostumbrarnos al agua. Entramos más y, ahora, el agua se queda en nuestros pies.

Entramos más y, ahora, el agua se queda encima de nuestros tobillos.

Entramos más y, ahora, el agua se queda a la mitad de la parte baja de nuestras piernas.

Entramos más y, ahora, el agua se queda a la mitad de la parte superior de nuestras piernas.

Ahora tenemos un problema. Sabemos que si seguimos entrando así vendrá una ola grande y no será posible escapar. Vamos a estar hundidos si o no estamos preparados.

Por eso, y todo el mundo sabe que, cuando vamos a la playa llega el momento cuando debemos saltar en el agua o irnos a casa.

Saltar no es ridículo. Los demás dicen que el agua está bien. Lo hicimos el año pasado y sabemos bien que cuesta solamente unos segundos y nos acostumbraremos.

Todavía es difícil saltar. Pero si no lo hacemos debemos irnos a casa. No vamos al agua hoy.

La fe presenta una situación similar. Podemos estudiar y hablar, y así gatear en la dirección de fe. Podemos hacer eso por un cierto tiempo. Pero, para obtener fe, llega el momento que debemos saltar.

La idea es esta: La fe empieza como nos preguntamos de las preguntas que la fe contesta y vemos como nos sentimos con la respuesta nos preguntamos, pero lo que CONFIRMA la fe es la experiencia de vivirla, de experimentar la vida superior que la fe comunica. Pero, para obtener esta experiencia, debemos actuar a favor de fe antes de conocer la experiencia. Así debemos saltar.

¿Cómo hacemos eso?

Para experimentar la verdad de nuestra fe en la vida de los cielos, debemos soltar—miramos algo que pensábamos que DEBEMOS tener, y reconocer que si tuviéramos eso sería otra cosa después, y después otra cosa más. Soltamos la idea que hay algo que DEBEMOS tener y vamos a ver que nos sentimos libres, MAS ricos..., y vamos a saber que la fe tiene razón.

Para experimentar la verdad de nuestra fe en el plan de Dios hacemos el opuesto—en vez de soltar, debemos abrazar. Abrasamos la persona en el espejo. Dejamos para atrás algo del pasado. Decidimos de no fingir—de no tratar de aparentar de ser nada que no somos, y vamos a ver que nos sentimos libres, en paz..., ..., y vamos a saber que la fe tiene razón.

Para experimentar la verdad de nuestra fe en el amor, amamos. Servimos a los demás si o no podemos esperar algo de ellos. Hacemos lo correcto si o no alguien va a saber y alabarnos. Rechazamos el mal si o no imaginamos que los demás están haciendo lo hemos dejado para atrás, y

vamos a ver que nos sentimos más vivientes, en paz con nosotros mismos...,
..., y vamos a saber que la fe tiene razón.

¡Salta!

Luces en los cielos

Una noche en el verano, mientras hubo luz, estábamos jugando pelota en frente de mi casa.

De repente, en los cielos, apareció una luz roja brillante. Nos paramos para verla y, de repente, creció esta luz hasta que era un disco rojo brillante en los cielos.

Estamos tratando de entender eso y, de repente, apareció una luz azul brillante. Nos paramos para verla y, de repente, creció esta luz hasta que era un disco azul brillante en los cielos.

Estamos tratando de entender eso y, de repente, apareció una luz verde brillante. Nos paramos para verla y, de repente, creció esta luz hasta que era un disco verde brillante en los cielos.

Ahora, la confusión de mis amigos era total, pero para mí no. Yo sabía lo que fue, y yo les dije: “Es el fin del mundo. Dice la biblia, ‘aparecerá luces en los cielos y otros signos.’ Esas son las luces. Es el fin del mundo y debemos orar.”

Entonces, nos fuimos a sentar en la grama de mi casa para orar. La única oración que todo el mundo podía rezar fue el Avemaría. Así empezamos.

Estábamos orando cuando mi madre salió. Ella acabó de escuchar la radio anunciando que la Marina militar ha mandado proyectiles lleno con polvo colorado para un experimento con la atmosfera.

No fue el fin del mundo. Excepto por mí.

De veras, mis amigos olvidaron rápido de lo que les dije.

Pero yo no. Y me recordaba de lo que yo estaba pensando mientras estábamos orando. Estaba pensando que “eso no vale mucho. Dios sabe que estamos orando nada más porque tenemos miedo. Si, de veras, queremos estar listos cuando viene el fin, debemos estar listos antes.

Desafortunadamente, ya que la fe implica una decisión que no todo el mundo soporta, que implica sacrificios también, un momento conveniente para escogerla nunca vendrá.

Por eso, nosotros debemos escoger el momento. Debemos reconocer que la fe ofrece más vida. Debemos reconocer que la fe nos prepara para las crisis que vienen—y que si imaginamos que podemos conseguir la fe en medio de una crisis nos engañamos.

¿Si deseamos más vida, porque esperar? ¿Por qué no ahora? ¿Si no ahora, cuando?

Atrapado

Hablo mucho del lugar de mi niñez. Tuvimos todo, siempre digo. Bosque, río, campos por cada deporte, y, durante mi niñez, un sitio donde estaban construyendo casas nuevas.

Cada Sábado cruzamos el bosque y fuimos para ver que estaba pasando.

Fuimos para ver cuando aclararon la tierra.

Fuimos para ver cuando excavaron los sótanos.

Fuimos para ver cuando pusieron los bloques.

Fuimos para ver cuando hicieron las estructuras de las casa.

Cuando pusieron las paredes.

Cuando pusieron los ladrillos.

Cada Sábado fuimos con la idea que, un día, habrá una casa ya terminada pero no ocupada. Esta sería la nuestra. No es claro lo que pensábamos que íbamos que hacer con tal casa pero, ya que teníamos nada más diez años, no se nos ocurrió la pregunta.

Llegamos un cierto Sábado. Apareció una casa ya terminada. Tratamos de entrar por la puerta de frente—cerrada. Tratamos de entrar por la puerta de atrás—cerrada. Hubo hasta una puerta para bajar del campo atrás directamente al sótano—también cerrada. Pero una ventana estaba abierta, la clase de ventana al nivel de piso para dejar entrar la luz al sótano.

Abrimos por completo esta ventana. Entramos y nos suspendimos del borde de la ventana para caer menos para abajo. El primero entre nosotros se dejó caer. El segundo se dejó caer. Y solamente se ha dejado caer el tercero, notamos que no han terminado la escalera de la casa propia al sótano.

Peor. Éramos pequeños y no pudimos saltar para alcanzar la ventana otra vez, o llevar uno al otro.

Estábamos atrapados. Era más o menos las diez de la mañana. Empezamos a caminar en círculos porque no hubo nada más que hacer.

El tiempo pasaba TAN despacio. 11 de la mañana. Teníamos hambre. Mediodía. Perdimos el almuerzo—problemas con nuestras madres. 1 de la tarde. Vamos a perder la cena también. 2 de la tarde. ¿Cómo, cuando vamos a salir antes de la noche? 3 de tarde. ¿Es solamente Sábado, cómo, cuando vamos a salir antes de Lunes? Cuanto tiempo con hambre, miedo, caminando en círculos.

A las 4, pasó algo. No sé cómo, pero mi fui a esta puerta donde, horas antes, tratamos de entrar desde el campo de atrás. No estuvo cerrada de adentro. Abrimos la puerta y fuimos a casa.

Hemos pasado todo el día, caminando en círculos, atrapado por absolutamente nada. Podíamos haber salido en cualquier momento.

Es chistosa la historia, por supuesto. Pero es muy semejante la historia triste de muchas personas en el mundo de hoy que también se sienten atrapados, están corriendo como locos, y en realidad están atrapados por absolutamente nada. Pueden salir, salvarse, en cualquier momento.

Nada más tienen que pensar en lo que dice nuestra fe, decidir en su favor, y aplicarlo a su situación. No importa lo que sea, en cualquier momento, cambiará cómo vemos todo y nos salvará.